

Afganistán: mujaidines y su botín

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Durante el pasado año los mujaidines afganos empezaron a prepararse para invadir de nuevo Afganistán, pero esta vez abriendo diversos frentes, a fin de distraer y separar al ejército del presidente Najibullah. Las tropas de Kabul han resistido más de lo que se esperaba: al retirarse los soviéticos en 1988-89, la opinión general era que el Gobierno legal afgano no sería capaz de aguantar mucho tiempo el ataque de los fundamentalistas y guerrilleros.

Pero no ocurrió esto y por diversas razones: por la división de la guerrilla en diversos y a veces contrapuestos grupos; porque no es lo mismo plantear una lucha de guerrillas en la montaña, hostigando a un ejército convencional, como era el soviético, que bajar al llano y combatir de frente al bien pertrechado y disciplinado ejército del presidente Najibullah, que rechazó los ataques desordenados de la guerrilla con gran dureza y causándole grandes pérdidas, y la obligó a replegarse y a refugiarse en las montañas; y porque el régimen de Kabul tiene más partidarios y combatientes a su favor de los que se supuso.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,
escritor

De los países que hacen frontera con Afganistán, los mujaidines sólo cuentan con el apoyo abierto de Pakistán; Irán los apoya, pero sólo moralmente, hasta ahora; y China, Cachemira y las tres repúblicas soviéticas islámicas –Turkestán, Uzbekistán y Tashikistán– se mantienen neutrales.

Los pertrechos que recibe la guerrilla desde Pakistán siguen la ruta que va desde Islamabab hasta el paso de Khiber, pasando por las ciudades de Peshawar y Landikotal.

Hasta ahora han fracasado todos los intentos de la guerrilla de conquistar una ciudad importante, como lo es Jalalabab, tanto o mejor defendida que Kabul. Los éxitos de los mujaidines se han limitado a apoderarse de pueblos menores y en zonas montañosas, en las que se desenvuelven mucho mejor que en el llano.

Este año los mujaidines disponen de muchas más armas y municiones que en años anteriores. Esto se debe a que el actual presidente de Pakistán, Nawaz Sharif, apoya claramente a la guerrilla. El pasado año las armas y municiones destinadas a la guerrilla afgana fueron retenidas por la anterior presidente, Benazir Bhutto.

Ahora, los servicios secretos pakistaníes y el propio ejército controlan la ayuda a la guerrilla. Esta ayu-

da la proporciona la CIA, a través de diversos países. Militares pakistaníes brindan su apoyo estratégico a los desorganizados mujaidines.

La intervención tan visible de Pakistán en la guerra civil afgana tiene una explicación: el senador Kazi Hussain Ahmad dirige el partido fundamentalista Jammat Al Islam, de gran influencia en el Gobierno y en el ejército pakistaní. Pero la entrega de armamento a los guerrilleros sigue todavía un método equivocado: continúa repartiéndose entre los diversos grupos que combaten al régimen de Kabul. La explicación es poco convincente: se dice que así se facilitará un ataque en distintos frentes. Pero antes habría que poner de acuerdo a los jefes de cada grupo para que actúen al unísono y siguiendo un único plan.

Entre los objetivos a alcanzar está el de conquistar las ciudades de Jalalabab, Hardez, Ghani y el valle de Logar, para luego alcanzar, si tienen éxito, Kabul. Algunos guerrilleros, asesorados por el ejército pakistaní, están empleando una nueva técnica de guerra psicológica: han instalado una potente emisora de radio en la recién conquistada localidad de Khost. Emiten entrevistas y declaraciones de los militares del ejército de Najibullah que han capturado, para demostrar así que siguen vivos y que reciben un buen trato; y también hacen lo mismo con los civiles

de la zona que controlan, y les hacen decir que no han sido explotados ni han sufrido daño alguno. Naturalmente, todas estas intervenciones van seguidas de mensajes a los militares fieles al Gobierno de Najibullah, y también a la población afgana, para que se alcen en contra del régimen de Kabul y para que no ofrezcan resistencia a la guerrilla islámica.

Tales emisiones de radio quieren, de este modo, borrar de la memoria de los afganos los desmanes y daños cometidos por los mujaidines: asesinatos, violaciones y robos que aseguran que no se van a repetir. Estos desafueros favorecieron al Gobierno de Kabul, que consiguió que tanto militares como civiles armados defendieran sus ciudades y pueblos.

Pero detrás de esta aparente unión de las distintas guerrillas, dotadas de moderno y abundante armamento, existe en el corazón de cada guerrillero una ambición: el atractivo del botín que se pueda conseguir y que, además, rompa su unidad frente al adversario. Este afán de apoderarse de los bienes del vencido es una de las leyes no escritas que es muy difícil de eliminar en los mujaidines, pues es precisamente la posibilidad de obtener un buen botín lo que ha empujado a muchos afganos a alistarse en las filas de la guerrilla. ●